

Sobre lo
esencial
en la
religión



La evolución de nuestra sensibilidad nos lleva a una crítica exigente de ciertos modos de vivir la religión; fácilmente ensayamos el análisis que separe superstición, neurosis y religión verdadera cuando vemos una genuflexión semiiniciada o unos pies descalzos en una procesión. Intentamos recorrer el camino hacia la autenticidad, para superar el escándalo de que en la religión se aúne a menudo lo más bajo a lo más sublime.

Un intento parecido querríamos hacer también aquí. Llegar en lo posible a lo íntimo del acto religioso, sin por eso destruirlo matando en él lo que de más cálido y palpitante tiene, su enraizamiento en la condición humana.

Punto de partida

La religión, se ha dicho, no es más que el resto, hoy superado, de la inicial animalidad pura del hombre. O también que es un esfuerzo inútil de imaginación con que intentamos disimular nuestra impotencia y convertimos en un sueño de más allá ese estado ideal de la sociedad que, cuando somos sinceros con nosotros mismos, consideramos inaccesible a nuestras fuerzas. El evolucionismo y el marxismo ven justificadas estas afirmaciones. La coyuntura a la que ha llegado hoy el mundo parece darles la razón: a sus ojos el progreso y la religión apuntan en direcciones divergentes.

Y sin embargo nosotros no podemos relegar la religión, dejándola por ejemplo para que la estudien los psicólogos y los historiadores y sólo ellos. Nosotros sabemos que en la religión está implicado lo más típicamente humano del hombre: el hombre puede tener una religión porque no se detiene en la utilidad que las cosas le ofrecen para su vida corporal, sino que es capaz de reflexionar y encontrarlas un sentido. No, el ser religioso no degrada al hombre, sino que le dignifica; no le aproxima a los animales sino que precisamente le muestra como muy por encima de ellos. Por eso el fenómeno religioso reclama de nosotros una atención más respetuosa que si fuera el resto atávico de un estadio prehumano de nuestra evolución.

Luis López-Yarto, S. J.

Génesis: el hombre entero

Vamos a acercarnos, pues, respetuosamente al acto religioso, persuadidos de que las impurezas que en él encontraremos nada tienen que ver con lo que en él es esencial. ¿A qué se deben entonces?

Hay un primer dato que nos orienta ya al comienzo: la religión, —aún no sabemos de ella apenas— es algo que atañe a la existencia total del hombre. En ella se trata, en alguna manera, de su integral salvación o de su ruina (1). “Religión, en cuanto tal, —ha escrito ZUBIRI— no es, ni un simple sentimiento, ni un nudo conocimiento, ni un acto de obediencia, ni un incremento para la acción, sino actualización del ser religado del hombre” (2). Es un esfuerzo del hombre entero por reaccionar ante la realidad que se le impone de que él, a pesar de toda su pretenciosa libertad (muy real, por otra parte), no es capaz de dar razón de sí mismo. Todo lo que tiene es recibido, nada se fundamenta a sí mismo, y esto hace que el hombre experimente un profundo asombro, una incontenible angustia, y un impulso a librarse del modo más rápido y con los medios más eficaces de uno y otra.

Al decir que la religión es un esfuerzo “del hombre entero”, que obliga a poner en juego diversos medios para satisfacer el asombro y ahuyentar la angustia... hemos querido hacer notar que el hombre, ser complejo en cada uno de sus actos, queda comprometido

(1) Es muy interesante a este propósito el libro, recientemente aparecido en castellano, *La Religión*, de A. BRUNNER. Ed. Herder, Barcelona 1963. El autor no pretende aportar pruebas de la existencia de Dios, sino investigar el hecho de la Religión para dilucidar su origen y su significación. Para este punto cfr. especialmente c. II: Origen de la religión.

(2) ZUBIRI, X. *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid 1944, p. 439.

en toda su multiplicidad al hacer un acto religioso. Por eso, basándonos en una concepción de la personalidad humana en “capas”, vamos a intentar analizar la parte que cada una de ellas juega en la conformación de la religiosidad, con sus valores positivos y negativos.

AUGUSTO BRUNNER ha expresado esto con una imagen acertada. Habla de que, al pasar por el ser del hombre, el rayo de luz que le une a Dios sufre una doble refracción o deformación (3).

La primera se daría al atravesar la capa de lo espiritual, del razonamiento y la libertad. El hombre, que conoce todo el mundo como contingente, se lanza a la búsqueda de un Absoluto que explique la existencia de todas las cosas. Pero este conocimiento, que es la raíz de todo su trato más legítimo con Dios, es a veces causa también de error. El conocimiento más inmediato es el de lo material, y a menudo el aspecto imponente de las cosas llega a cegar.

Una segunda refracción se verificaría en el terreno que BRUNNER llama de lo psíquico, esa capa, terreno actual de fecundas excavaciones, en que se unen nuestro espíritu y nuestra materia y en que tendrían su asiento tendencias instintivas, sentimientos... Esta capa añade apremio e intimidad a la búsqueda, recubriéndola con todos los matices de la vivencia.

Por fin una nueva desfiguración tendría lugar a la hora de expresar todo esto: “el mundo proporciona imágenes y formas de expresión, pero también él mismo se ve de antemano según la propia postura de cada uno, reflejando ya al hombre mismo” (4).

Una psicología de las actitudes vertería aún lo dicho en fórmulas nuevas: La religión es una posición fundamen-

(3) BRUNNER, A., o. c., p. 63 ss.

(4) Cfr. *ibid.*

tal frente a la totalidad de la existencia y sus últimas causas. Es decir, es una actitud. Y, como toda actitud, consta de dos aspectos principales, el que podríamos llamar racional y el que podríamos llamar motivacional. Los dos mutuamente implicados, a menudo confusos, tanto que al hombre le cuesta comprenderse a sí mismo y a su religiosidad.

La influencia del factor espiritual

Vamos a examinar un poco más de cerca lo que aporta de bueno y de malo al acto religioso el factor espiritual de la personalidad. Queremos advertir que no nos ocupamos aquí exclusivamente del pensar reflejo. Al decir espiritual no queremos excluir todo el campo de las intuiciones irreflejas, generalmente de más trascendencia creadora. Pues bien, a esta capa de nuestra personalidad le debemos, ante todo, en la actualización de nuestro ser religioso de que hablaba ZUBIRI, la figura del Dios supremo que nos llegamos a forjar. RUDOLF OTTO inició la serie de análisis, interesantísimos, sobre la categoría de "lo santo" (5).

El hombre, en su tentativa por descubrir ese poder superior que fundamente al mundo y a sí mismo, recorre sin proponérselo el camino de la dialéctica neoplatónica que, a través del Pseudo-Dionisio encontramos en Santo Tomás (6): *algo hay* por encima del

mundo que lo fundamenta y le da sentido, algo que *no es* del mundo, algo que tiene que ser muy superior al mundo... causalidad, negación, eminencia. Ese ser superior debe ser, ante todo, distinto de todo lo que me rodea, esto es lo más claro. Si no, no valdría la pena. Por tanto si el mundo es *esto*, él será *lo otro*, si el mundo es *lo común* y *habitual*, él será *lo no común*, *lo extraordinario*.

Todo el proceso es hasta ahora válido y legítimo. Pero muy a menudo, cuando la cercanía de lo material ocupa todo el campo de la atención, se convierte en parodia de sí mismo. La tentación inmediata, en la que el hombre ha caído a lo largo de la historia más de una vez, es la de pensar que aquella oposición entre *común* y *extraordinario* equivale a la que existe entre natural y sobrenatural. Vencido por ella el hombre acaba por creer manifestación de la divinidad todo aquello que no es frecuente, y que, por eso, presenta garantías de hablarle de eso *otro* que busca: el rayo, el fuego..., o aquello "que me supera y me hace sentirme polvo": las altas montañas, el sol. (Quizá el hombre de las luces se asombró de tal manera ante el orden y las leyes recién halladas de la naturaleza, que divinizó *lo común* de un modo igualmente igneño).

La dificultad de sustraerse a la atracción de la materia, de traspasar el velo espesísimo que supone, parece apenas superable. Si Dios no es lo que vemos y sentimos, porque lo que vemos y sentimos constituye el mundo y no Dios, ¿cómo vamos a conocerle nosotros? La respuesta más normal será que la carne se imponga y reclame su parte, es decir, que opte por la solución fácil de adoptar una cercana divinidad material. Sólo en casos privilegiados, en formas muy perfectas de religión, o en estadios muy primitivos y por eso aún muy puros, llega el hombre a darse cuenta de que posee otro

(5) OTTO, R., *Lo Santo*, Madrid 1925. No obstante méritos indiscutibles, la construcción de OTTO adolece de dos defectos principales. Por una parte, y a pesar del propósito del autor de enraizar la religión en todo el hombre, subraya de tal modo lo irracional que corre peligro de dejar el fenómeno religioso reducido a algo subjetivo e immanente. Por otra, su renuncia dogmática a la posibilidad de una Revelación sobrenatural.

(6) Cfr. In Sent., 8, 1 ad 4; 8, 2, 1 ad 1. Frecuentemente se hace referencia a las obras de Dionisio.

modo de conocer. Es el que emplea en el conocimiento personal. Dios, si no pertenece al mundo material, si es realmente *lo otro*, necesariamente tiene que ser "algo así" como una persona que se intuye. Por aquí está el camino de la solución.

La influencia de lo psíquico

Según el esquema que nos hemos propuesto arriba, tenemos que examinar brevemente también el segundo factor que matiza el acto religioso: el factor motivacional.

Es difícil expresar contenidos psíquicos. JASPERS pediría en este momento un esfuerzo de interpenetración afectiva (7) para poder llegar a la verdadera comprensión. Partiremos nosotros de una de las manifestaciones más irreductibles de este estrato vital del ser del hombre. Se trata de la posibilidad que tiene el hombre de "responder sin ser preguntado", en su calidad de ser vivo. Esta peculiaridad suya (se la ha llamado también irritabilidad, como contrapuesta a excitabilidad (8)), que le permite ponerse en movimiento sin esperar el estímulo exterior, aporta a los actos del hombre una curiosa mezcla de tendencia y sentimiento. Así encontramos también la inquietud en la base de la vivencia religiosa, que es ante todo lanzarse a buscar por propia iniciativa: "La búsqueda de Dios procede en última instancia de la vivencia de la fugacidad y variabilidad" (9), es decir, que no se trata sólo de curiosidad por encontrar la solución al jeroglífico del mundo, sino a la vez de

encontrar descanso para la propia insatisfacción y la propia inseguridad.

Claro que una insatisfacción encontramos siempre al principio de toda actuación humana —una tensión—, pero si analizamos el acto religioso hallamos en su fondo una insatisfacción de matiz especial. No se trata de un impulso a lograr la pervivencia del organismo, como ocurre con el hambre, o la perpetuación de la especie, como en el instinto sexual, sino que es una angustia radical que mueve al hombre a poner a salvo su misma esencia y la de la realidad, colocándolas en un horizonte seguro en que su ser se ponga en contacto con lo que no es fugaz ni temporal. En el fondo siente que sólo así compensará este continuo ser y no ser, querer y no querer que le destroza.

En el acto religioso el hombre pretende encontrar la salud, y salud significa ante todo integridad en todos los órdenes. Ya veremos en seguida cómo queda en realidad satisfecha esta aspiración, pero por lo pronto fijémonos en cómo ella puede ser también causa de desfiguraciones en el modo de vivir religioso. De nuevo el hombre atiende a lo que tiene más cerca, y busca su integridad en lo material. Tener. Poser muchas cosas. Y luego a sí mismo: ser cada vez más libre, más dueño de sí, lograr el perfecto control de los propios actos que tantas veces se sublevan frente al dominio de la voluntad.

Lo más corriente es que el hombre, sobrevalore los bienes materiales. Estos son tan agradables, tan absolutamente necesarios para solucionar angustias de menor y mayor monta, que seguramente —piensa frecuentemente el hombre— a Dios también le atraen de modo irresistible, y por eso hay que convencerle a que los suelte de su mano recurriendo si es preciso a la adulación y el soborno. En estos casos la religión queda casi revestida de la forma de un contrato: *do ut des*.

(7) Cfr. JASPERS, K., *Psychopathologie generale*, trad. franc. Paris 1927, cap. IV.

(8) Así habla J. LOPEZ IBOR en sus *Leciones de psicología médica*, Madrid 1961.

(9) Cfr. el análisis que hace de la vivencia religiosa como sentimiento y como tendencia PH. LERSCH en su obra capital *Estructura de la Personalidad*, Barcelona 1962 (2.^a ed.).

Sin embargo el hombre percibe que ni con la posesión de todos los bienes se logra la solución a la angustia radical. Su mismo ser personal le está hablando de su precario modo de ser: por el mero hecho de ser él no es lo demás. Decididamente ser persona es quedar reducido a un encierro insostenible. Y así cree sumergirse en la divinidad cuando se libra de su individualidad por medio del narcótico, de la inconsciencia, del exceso sexual despersonalizante. Todas éstas son manifestaciones religiosas que han aparecido en el mundo en momentos determinados.

Hay todavía otro modo de influencia de lo psíquico en la religión. El hombre, en el aprieto de su angustia, tiende a proyectar en el ser divino aquellas cualidades que desearía para sí. El hombre proyecta su propia imagen, y como la propia imagen suele ser egoísta y pobre, resulta que el Dios que había de solucionar su angustia lo que hace es contribuir todavía a que ésta aumente. Imaginemos lo que ocurrirá, por ejemplo, cuando su ansia de libertad omnímoda, para abusar de ella naturalmente, le lleve a dirigirse a un Dios no sujeto a nadie "y por tanto" arbitrario y déspota, al que hay que aplacar y temer si se pretende lograr la salud que está en su mano...

Ver el rostro de Dios

Hemos intentado examinar los factores que introducen la impureza en el acto religioso, pero no queremos descansar en este escalón, como han hecho los historiadores y filósofos que no ven en la religión más que materialidad y psiquismo. Nosotros sabemos que la religión es actualización de una realidad (de nuestra procedencia de Dios) que la filosofía nos mostró como cierta, y que incluye lo presupuesto por ellos, los aspectos humano-psicológicos, y lo completa con un mundo trascen-

dente. Nosotros sabemos además que hay una religión verdadera, por contraste con la cual podemos explicarnos el por qué de esos otros actos de religión adulterados.

La revelación presenta la imagen de Dios como el puro amor que pide y exige del hombre un culto que le lleve al amor desinteresado. He aquí la gran posibilidad y la gran dificultad del hombre en su estado actual, porque entre él y Dios se interpone, como una barrera, el egoísmo. El hombre es un ser caído y tiende a situarse en el centro de la existencia, haciendo de Dios un medio para lograr sus modestos fines intramundanos. En el fondo se trata de una autodivinización: He aquí el origen de aquel dar importancia desorbitada a lo material ("para mí", egoísmo), de aquel confundir a Dios con las cosas, y de aquel dirigirse a El como a un poseedor arbitrario y egoísta a imagen y semejanza del hombre.

Era difícil caer en la cuenta de que, siendo Dios el amor, la solución estaba en la sumisión a El. Había que apartar la atención de las cosas y subrayar el momento personal: El modelo de nuestro contacto con Dios no es el trato que tenemos con las cosas, sino el que tenemos con los hombres, la amistad. Sólo en ella se supera la limitación humana, sólo en este caso el enfrentarnos con otra realidad no nos limita (10), sino que nos permite la penetración con ella en una realidad superior. Una comunión en el amor lograría que el hombre quisiera con la voluntad de Dios, que volara con las alas

(10) El prof. LOPEZ IBOR ha expresado acertadamente el enriquecimiento que experimenta la persona en el contacto interhumano con estas palabras: «Cuántas posibilidades de amor, odio, ternura, violencia... quedarían como promociones inéditas si no intervinieran frente a nosotros, la mujer, el enemigo, el hijo, o el agresor, para desarrollarlas». *El descubrimiento de la intimidad y otros ensayos*, Madrid 1952.

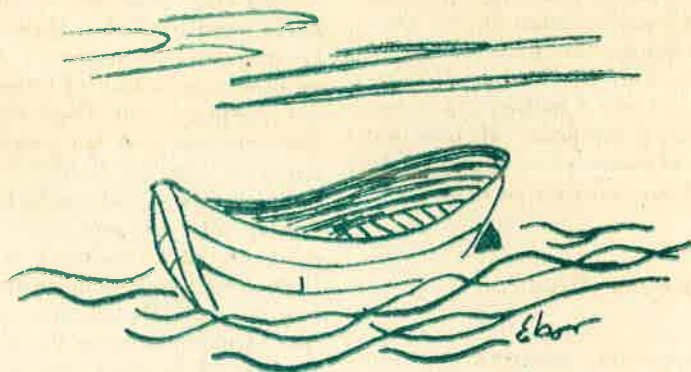
de Dios. No, no es con el aniquilamiento como se logra romper el cerco de la finitud y la limitación, a no ser que queramos llamar aniquilamiento desinterés.

Y nos queda todavía por justificar esos casos en que, aun dentro de la religión verdadera, de la concepción del Dios amor, la ceguera inherente al estrato espiritual o al psíquico de nuestro ser tamiza lo que es verdad fundamental, y permite que en nuestro trato cotidiano con Dios ocupemos el centro que no nos pertenece.

El hombre, alma y cuerpo, necesita buscar y encontrar símbolos materiales en que actualizar sus relaciones con Dios. Lo que ocurre es que a menudo estos símbolos, que deberían ser transparentes, como palabras de Dios al hombre y del hombre a Dios, son vistos sólo en lo que tienen de material.

De nuevo el egoísmo, urgiéndonos a que echemos mano de la solución más cómoda a nuestra angustia (la influencia de lo psíquico), a que nos contentemos con la imagen más fácil de Dios (la influencia de lo espiritual). Y buscamos lo *no común*, lo raro y extraordinario, como si en el mundo creado por Dios no fuera ya todo igualmente extraordinario, igualmente salido de la nada, y a la vez igualmente cercano a la nada si se lo compara a su Creador. De nuevo intentamos un trato comercial con Dios y adoptamos ante su libertad sin fronteras la postura del miedo indefenso a la arbitrariedad.

Sólo cuando en el acto de culto busquemos el acceso desinteresado al Dios personal estaremos en presencia de un acto auténtico de religión: Porque quien no tiene amor no conoce a Dios, puesto que Dios es caridad, Io. 4,7.



Si alguno no encuentra la razón de todas aquellas cosas por las que se pregunta, piense que el hombre es infinitamente más pequeño que Dios y no puede palpar y conocer todas las cosas como Dios. Pues tú, hombre, no eres increado ni has coexistido siempre con Dios, igual que su Verbo, sino que por su extraordinaria bondad vas aprendiendo suavemente por medio del Verbo los caminos de Dios, tu Hacedor.

(San Ireneo, Adv, Haer. II, 37, 3)